

LAS COLONIAS DE VERANO

Todos anhelamos las vacaciones; pero tienen sus dificultades. Por eso nacieron las Colonias de Verano, necesarias para la perseverancia de los jóvenes y provistas de gran alcance catequístico.

I.—¿QUÉ ES UNA COLONIA DE VERANO?

— La Colonia de Verano es un ensayo de vida perfecta en el que los niños encuentran un clima hecho a su medida.

— Es la reunión de muchachos de edad regular que, bajo la vigilancia de los educadores (instructores), pasan unos días en espíritu de camaradería (léase caridad).

Estas dos definiciones juntas nos dan idea de lo que se busca en las Colonias de Verano. Veamos las notas fundamentales:

— *Vida perfecta*: según el sentido de una ascesis cotidiana de acuerdo con las circunstancias y posibilidades.

— *Clima hecho a medida*: esto es, que el niño se encuentre a gusto, disfrute, que le resulte mejor de lo que se imaginaba, que libremente pueda manifestarse tal como es.

— *Edad regular*: el elemento imprescindible en toda Colonia es un grupo de muchachos, pero tienen que ser de la misma edad. Sería aberración lamentable una Colonia compuesta por niños de ocho y nueve años y otros de catorce y quince. Así la acción completa de la Colonia de Verano, tal como la concebimos, no puede ser eficaz; y quizá tal convivencia resultase contraproducente.

— *Vigilancia de los educadores*: nuestro hombrecito, que ha abandonado por unos días el ambiente familiar, puede pensar que allí, junto a la Naturaleza, él es amo y señor de todo. Esta mal llamada libertad debe estar vigilada, no de una forma dictatorial, pero sí atenta y constante, como veremos al hablar de los instructores.

— *Espíritu de camaradería*, o mejor, de caridad. Esta falta tanto en el mundo, que la olvidamos. La humanidad ha inventado otros vocablos que no comprometen tanto. Es vital, para la Colonia, este ingrediente; el amor de unos para con otros debe bañar, día a día, la Colonia y calar hasta los huesos de todos.

II.—TRIPLE FINALIDAD

Física.—El muchacho necesita cambiar de aire.

Educativa.—Esta convivencia de los muchachos con los instructores tiene alto valor educativo. Todo el día viven juntos: fácilmente, pues, una serie de hábitos buenos se irán trasvasando. El horario (elemento flexible, pero necesario) forma la voluntad para cuando el reglamento desaparezca. Además, un conjunto de buenas costumbres, enseñadas prácticamente, pertenecen a la trayectoria catequística de toda Colonia cristiana.

Espiritual.—Día a día van viviendo, al principio sin darse cuenta, su cristianismo. Y así descubren el sentido alegre y dinámico del obrar a la luz del Evangelio. Haciendo mil diversas cosas, durante la jornada van saboreando y gustando la vida cristiana, y va arraigando en ellos, por la gracia de Dios y su aceptación, un conjunto de virtudes, cada vez mejor comprendidas y practicadas.

Ahora bien, no basta apuntar a un fin meramente físico; tampoco interesa acentuar ciertos aspectos educativos hasta convertir la Colonia en un colegio; finalmente, la dedicación desproporcionada al fin espiritual trocaría la Colonia en Ejercicios Espirituales, que no vienen al caso. Resulta, pues, que los tres aspectos son importantes y primordiales, cada uno en su momento y circunstancia.

III.—EL CAMPO DE OPERACIONES

Cualquier paisaje veraniego puede ser escenario adecuado para la Colonia de Verano. Bosques, montañas, ríos, llanuras..., he ahí nuestro campo de acción.

Señalaremos, sin embargo, algunos elementos imprescindibles: alguna casa de labranza o «masía», para instalar el dormitorio, disponer una sala para casos urgentes (tales como la lluvia), y así no inmovilizar la marcha de la Colonia; estos momentos de emergencia son cubiertos con actividades ya preparadas para esta eventualidad. También, alguna ermita o iglesia cercana, y, a ser posible, una piscina, si no hay riachuelo o mar.

Para mayor tranquilidad de todos, la Colonia debe estar aislada (por ejemplo, a unos veinte minutos del pueblo). Pero no conviene estar demasiado lejos, para no dificultar el abastecimiento. No excluimos el uso de las tiendas de campaña; para chicos de ciudad (alumnos de colegio, etc.), el camping puede tener, por su dureza, atractivo especial. Pero creemos que los chicos de catequesis de su-

burbios, barriadas necesitadas, etc., no están suficientemente preparados para un camping de varios días.

IV.—ORGANIZACIÓN

Duración, número, agrupación.

La duración de una Colonia es variable; diez o quince días constituyen un período normal. Si el número de días es mayor, puede diluirse un tanto la labor de los instructores, aparece el cansancio, se agotan los recursos (juegos, anécdotas...).

El número de chicos tiene mayor importancia. La cifra más apropiada es la de 30, que puede oscilar entre un mínimo de 20 y un máximo de 35. Un número mayor dificulta la labor apostólica.

Los muchachos son divididos en grupos (por ejemplo, cinco grupos de seis o seis grupos de cinco). Los grupos se denominan equipos, patrullas, o de otro modo idóneo. Los equipos son nombrados por el dirigente de la Colonia, el primer día.

Cada equipo tiene su jefe, que es uno de ellos. El jefe impulsa al grupo en las diversas actividades, ya que los equipos están siempre en noble pugna, pues cada día se da a conocer el equipo que ha logrado mejor puntuación, y se le condecora como equipo de honor de la jornada. Al final de la Colonia se da un premio al equipo que ha sido más veces equipo de honor. La puntuación se logra de forma compleja: puntos por disciplina, trabajos voluntarios, nobleza en el juego, etc.

A cada equipo se le asigna un instructor que convive con ellos. Deja hacer; pero, siempre atento a posibles desviaciones, ayuda a interpretar los trabajos encomendados, fomenta iniciativas... Su labor es de ayuda y consejo, mantener la cohesión del equipo. Pero, gracias a este vivir todo el día con ellos, los va conociendo y ejerce una acción educativa y apostólica tan sencilla como eficaz: el chico abre su corazón..., es la hora de sembrar palabras de vida eterna.

Unas veces, los equipos tienen trabajos específicos; otras, actividades colectivas realizadas por equipos. Durante los «tiempos libres», el equipo vive su vida independiente, proyecta, habla y discute, descansa...: momentos interesantes en que el muchacho se va manifestando tal cual es.

Los instructores y sus cualidades.

No hay educación sin la debida vigilancia. Dejar en completa libertad a los muchachos todo el día, y solamente concentrarlos para

comer y dormir, es muy cómodo, pero engendra la ociosidad. El muchacho, aun en sus mismas diversiones y juegos, necesita orientación; si no, se aburre. Por eso hay un instructor al frente de cada equipo, no para arrogarse prerrogativas, sino para ser como uno más entre ellos y dejar hacer.

El instructor es la pieza clave en la Colonia. Esta será lo que sean los instructores. Tiene que ser hombre y saber hacerse niño. Niño, para ser, en determinados momentos, más alegre y divertido que los mismos muchachos. Hombre, para dar, cuando el momento lo requiera, tono de seriedad y orden en las cosas. El flash sicológico de los muchachos capta en seguida estos cambios bruscos, que se suceden a menudo durante el día. Al muchacho le impresiona ver que el instructor que, cantando y riendo alegremente, se dirige a la ermita, se descubre reverente, una vez llegado al umbral, y su fisonomía despreocupada se concentra ante la sublimidad del Santo Sacrificio. El alma del niño va recogiendo estas imágenes: nuestro testimonio, verdadero y natural, va trazando e imprimiendo un significativo y atrayente modelo de vida cristiana.

De ahí la importancia capitalísima de que en la Colonia funcione un buen cuadro de instructores. Puede fallar todo (casa, actividades, etc.); pero si hay instructores preparados y responsables, la Colonia supera estas dificultades e incluso gracias a ellas cobra un sabor inesperado y divertido. Así ocurrió en cierta Colonia: habían salido de excursión, y al regreso, empezó a llover... ¿Excursión desgraciada? ¡Qué va! Un instructor empezó a cantar; otro, a imitar el ruido de las gotas de lluvia, y así, entre cantos y risas, se llegó a la Colonia; y después, esta salida es la que recuerdan con más ilusión. El instructor debe saber adaptarse, improvisar cualquier cosa, sin olvidar nunca la finalidad educativa y apostólica.

Cualidades del instructor.—a) *Ilusión*: Si tiene ilusión y quiere ser instructor de verdad, todo lo demás vendrá fácilmente. b) *Preparación*: Conocer de antemano a los muchachos, saber hacia dónde orientarles, hacer provisión de anécdotas, juegos, cantos...; en este campo, la improvisación se agota pronto. c) *Entrega*: Ser todo para todos; los muchachos deben encontrar en él al padre que consuela y al amigo que igual les pinta un banderín que les da el consejo oportuno. d) *Responsabilidad*: El instructor debe vigilarse con esmero, ser modelo lo más acabado posible; el muchacho le observa continuamente, y aprende más por lo que hace el instructor, que por lo que dice. e) *Justo*: A causa de nuestras debilidades temperamen-

tales, es grande el peligro de preferir a unos, en detrimento de otros. ¡Mucho cuidado! Los alumnos lo notan en seguida. f) *Docilidad*: En toda colectividad tiene que haber alguien que mande, que dé la oportuna orientación a las diversas facetas del día; y el instructor ha de ser el primero en cumplir estas normas.

Defectos que debe evitar.—a) *Tristeza*: El instructor triste, en vez de encajar, desentona. Hay que mantenerse alegre, pese al cansancio, la incompreensión, la ingratitud, el malhumor, el dolor de cabeza y los fracasos... ¡*Sursum corda!* b) *Aislamiento*: Un instructor preocupado por sus problemas personales, aislado, no es apto para la Colonia. En ella, lo hemos dicho ya, ha de reinar entre todos unión y caridad cada vez mayores, y esto se logra viviendo juntos las penas y alegrías de cada jornada. c) *Falta de responsabilidad*: Acudir a la Colonia por curiosidad, por obligación, porque no había otros..., es terrible para el instructor y un lastre fastidioso para los demás. Solo la ilusión verdaderamente apostólica puede soportar las inevitables pegas y dificultades.

El intendente.

Es el instructor que se ocupa de las provisiones, de preparar la comida, relacionarse con el cocinero, etc. Puede encargarse también del botiquín y del material.

Cada día tiene a su disposición el «Equipo de Servicio» (que se turna a diario), encargado de servir la mesa, lavar los platos, ayudar al cocinero, ir de compras, cortar leña, etc. Todos estos trabajos privan a este equipo de las actividades colectivas del día; por lo tanto, su convivencia con el Intendente debe ser agradable. Sea éste muy simpático; que el contacto con los utensilios culinarios no le ponga nervioso o de mal humor. No se desazone porque aún no ha llegado el pan, o porque las patatas no están peladas todavía... Su intranquilidad, generalmente justificada, no debe traslucirse; al fin y al cabo, las cosas seguirán el mismo ritmo.

El jefe.

Es la cabeza de la Colonia, su autoridad máxima y, también, su responsable. Toda la acción de este dirigente seglar debe estar animada de una mística; él es la brújula que en todo momento orientará la Colonia, corregirá las posibles desviaciones y alentará a instructores y muchachos a la consecución del fin propuesto. Ha de ser, pues, persona de criterio, experimentada y con espíritu joven.

Pero su quehacer más importante es la labor que desempeña con los muchachos. Al principio, le temen; al cabo de un par de días, le admiran; sienten atractivo hacia esa persona todopoderosa que manda y dirige; nace en ellos cierta curiosidad y deseo de poder hablar a solas con él.

Logrado ya el respeto de todos, el Jefe puede dedicarse a este contacto íntimo y personal con cada muchacho. Puede lanzarse confiadamente a esa penetración apostólica.

El consiliario.

¿Ha de haber un sacerdote? Sí; es muy conveniente, por no decir necesario. ¿Cuál es su trabajo?

La Colonia, aunque llevada por seglares, necesita asesoramiento. Y aunque el Consiliario no tenga una misión específica en las actividades que se desarrollan, en todas ellas está presente, animando, felicitando, participando de la alegría y vida de todos... Recuerdo una frase gráfica que da a entender este trabajo del sacerdote: «Es la simpática sotana que te la encuentras en todas partes.» De esta forma, el sacerdote, libre de las funciones desagradables de controlar, vigilar, avisar (esto lo hace, pero de una manera indirecta, comunicando con los instructores), va haciéndose atrayente y amable; no se mete con nadie, pero está siempre compartiendo las más amigables conversaciones.

Insistimos en que ha de estar todos los días en la Colonia y convivir con ella. Una solución poco recomendable es cubrir su ausencia mediante el cura del pueblo cercano; pero es muy poco el tiempo que éste puede dedicar a la Colonia, sin descuidar su parroquia.

Por la mañana, antes de celebrar la Santa Misa, el Consiliario da a los muchachos unos breves puntos de reflexión. Por la noche, el «aletazo» espiritual: unos minutos de examen del día. Y mientras los muchachos descansan, los instructores y el Consiliario se reúnen para preparar el próximo día, ver cómo va la Colonia, hacer el balance espiritual de cada muchacho, determinar los objetivos pertinentes. Antes de todo esto, sin embargo, hacen un rato de meditación.

Interesa que, al finalizar la Colonia, no se rompan por completo estos lazos con el Consiliario. Para ello es gran ventaja que dicho sacerdote sea de la misma Parroquia o Colegio que los muchachos.

V.—ESQUEMA DE UN DÍA CUALQUIERA

Quede entendido que el horario no es algo rígido, sino que tiene que adaptarse fácilmente a las distintas circunstancias.

— *Diana*.—Es muy conveniente levantarse a hora fija e inmediatamente. Es curiosa la diversidad de formas que se usan para despertar a los chicos (palmadas, toque de pito, con un cuerno de caza, al son del tam-tam).

— *Oraciones*.—Se rezan al pie de la cama y con fórmulas muy breves, para que fácilmente se les graben y así continúen rezándolas en sus casas. Incúlquese el ofrecimiento del día al Señor.

— *Gimnasia*.—Salen al campo para unos cuantos ejercicios físicos, más o menos acompasados, que ponen en forma al cuerpo.

— *Aseo*.—En el albergue, si reúne condiciones; y si no, en el río, bajo la vigilancia de los instructores, que con su ejemplo enseñan a lavarse concienzudamente a más de uno.

— *Formar*.—Vestidos y arreglados, se reúnen por equipos y dan los «Buenos días» al Jefe de la Colonia. Este comunica el horario del día, hace alguna observación disciplinaria y nombra la puntuación alcanzada por cada equipo el día anterior; como ya hemos indicado, el de mejor puntuación queda equipo de honor del día y se encarga de izar y arriar la bandera pontificia.

— *Reflexión y Santa Misa*.—En la iglesia o ermita, unos puntos de espiritualidad, y luego, la Santa Misa. Un instructor la dirige, procurando penetrar cada vez más en el valor del Santo Sacrificio.

— *Desayuno*.—Cantando y alegres, se dirigen a desayunar. Después, arreglo de la cama, pues cada día el Jefe las inspecciona, puntuando por equipos.

— *Reunión por equipos*.—Ha llegado el momento de planear las actividades del día. Cada equipo comenta los trabajos que le han encomendado, delibera sobre los actos facultativos que puntúan, etc. El instructor correspondiente puede asistir a estas reuniones de carácter secreto; el ideal sería que los chicos solicitaran su asistencia.

— *Juegos*.—En la Colonia hay que divertirse; los juegos son variadísimos: de bosque, de montaña, de corta duración o de todo el día... Después, unos minutos de baño sientan estupendamente.

— *Tiempo libre*.—De acuerdo con el horario, se establecen dos o tres; son momentos-clave dentro del día. Sirven para descansar, comentar, etc. Buena ocasión para la labor catequística del instructor.

— *Charla*.—Cada día, y por turno, un instructor expone algunos puntos de formación cristiana, según programa fijado de antemano, y en conexión con la reflexión matinal. Dura unos quince minutos. Los muchachos toman nota de lo más interesante, frases o ejemplos chocantes, etc. Por la tarde, durante algún tiempo libre, el equipo

intentará hacer un resumen global de los apuntes tomados por cada componente; este resumen es leído públicamente durante el Fuego de Campamento y cuenta para la puntuación. Al resumir la charla, el instructor aprovecha para aclarar las cuestiones oscuras o mal comprendidas; y así, en cada equipo la charla prosigue y va calando, mientras se confecciona el guión-resumen. Luego, se come, en cristiana fraternidad, y se dedica un tiempo libre al reposo en el bosque o en la cama.

— *Excursión*.—Ora a un sitio fijo, ora sin rumbo determinado: son las salidas misteriosas cuyo final es un juego.

— *Descanso*.—Es otro tiempo libre fundamental: se prepara el guión, que se leerá en el Fuego de Campamento, los chistes que se escenificarán, las canciones... Se sugiere una visita al Sagrario (es emocionante ver cómo piden unos por otros, animados del más genuino sentido eclesial).

— *Momento mariano*.—Antes de cenar, se reza el Santo Rosario. Puede rezarse colectivamente, por equipos, o a la vuelta de una excursión larga. Después, se cena, y, transcurridos unos minutos de descanso, da comienzo uno de los eslabones más impresionantes y cautivadores de la Colonia.

— *Fuego de Campamento*.—Toda la Colonia, con los dirigentes y el Consiliario (e incluso el cocinero, si no tiene sueño), se reúne alrededor del fuego. Se principia con unas palabras de ritual, pronunciadas solemnemente por el Jefe. Luego se enciende el fuego. Después se canta, mientras los equipos se van sentando en semicírculo. Un representante de cada equipo lee el guión resumen de la charla. Siguen las intervenciones por equipos: chistes escenificados, canciones, poesías cómicas, interpretaciones serias, etc. Los instructores también tienen su actuación, que es esperada con agrado por los muchachos. El consiliario da el «aletazo» final (puntos de examen) y los chicos van a dormir, en orden, después de rezar alguna breve oración y pedir perdón por las faltas del día.

He ahí, muy esquemáticamente, la pauta de un día cualquiera en una Colonia de verano. Quizá parezca algo recargado. No se olvide, sin embargo, que las cosas son más o menos pesadas según el espíritu con que se hacen. En consecuencia, volvemos a lo de siempre, lo importante es que no falle el motor: y en las Colonias, lo volvemos a repetir, el motor y la vida son siempre los instructores.

Juan GONZÁLEZ PONS

*De la Unión de Catequistas de
Jesús Crucificado y María In-
maculada.—Barcelona*